

PRESENTACIÓN

Han pasado cincuenta años de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Medellín en 1968. Mucho ha cambiado desde entonces la realidad de América Latina y del mundo. Mucho ha cambiado también la realidad de la Iglesia de América Latina. Sin embargo, la propuesta pastoral de Medellín no ha perdido vigencia.

En el prólogo del libro *Signos de renovación*, publicado en 1969, Gustavo Gutiérrez comienza diciendo que la Iglesia de América Latina está en crisis. Efectivamente, se trata de una Iglesia que se debate entre una historia de casi cinco siglos de dependencia y una Iglesia que quiere abrirse al soplo innovador del Espíritu, que se revela en un pueblo que busca tomar conciencia de su propia situación, reclamando cambios urgentes y radicales. Dos acontecimientos están en la base de este profundo deseo de cambios: el concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Medellín.

Medellín marca el paso de una Iglesia latinoamericana dependiente de Europa y Roma a una Iglesia adulta, una Iglesia con identidad propia.

Ya es un lugar común decir que los objetivos del papa Juan XXIII al convocar el Concilio fueron tres: el diálogo con el mundo

moderno, la cuestión del ecumenismo y la Iglesia de los pobres. Si bien el concilio Vaticano II fue una buena respuesta al diálogo con el mundo y a la cuestión del ecumenismo, quizá por razones que pueden ser entendidas históricamente, no lo fue al tercer objetivo, la apertura de la Iglesia al mundo de los pobres.

Éste fue, sin embargo, el gran tema y aporte de Medellín: leer evangélicamente los signos de los tiempos desde la realidad de pobreza de nuestro continente.

Así como el Concilio había intentado dialogar con el mundo, y se encontró con el mundo moderno, Medellín también intenta dialogar con su mundo, pero en este caso no se encuentra con el mundo moderno, sino con el mundo de los pobres. Esto supuso un cambio radical de perspectiva. Se completaron así los tres objetivos del Vaticano II, por lo que, de algún modo, se puede decir que Medellín completa el Concilio o, dicho de otra manera, el Vaticano II no se entiende correctamente sin Medellín.

EXPERIENCIA ECLESIAL

Medellín no fue sólo una reflexión sobre la realidad de la Iglesia latinoamericana y unas propuestas pastorales plasmadas en una serie de documentos. Medellín fue algo más que eso, fue, en sí misma, una fuerte experiencia eclesial, una propuesta práctica de un nuevo modelo de ser Iglesia, un proyecto de planificación pastoral a escala continental. En Medellín se reunieron a trabajar juntos laicos, religiosas, sacerdotes y obispos, además de invitados de otras iglesias cristianas. La asamblea es, ella misma, como decíamos, un nuevo modelo de ser Iglesia, modelo que, ciertamente, ha tenido influencia en muchos lugares de América Latina. Las innumerables comunidades cristianas que fueron

surgiendo a lo largo y ancho de nuestro continente dan buena prueba de ello.

También para la Iglesia peruana fue un acontecimiento trascendental. Basta, para comprobarlo, observar que, sólo cuatro meses después de la finalización de Medellín, la XXXVI Asamblea Episcopal del Perú ya proponía las líneas pastorales que debían regir en esta Iglesia, teniendo en cuenta —se hace hincapié en ello— la realidad peruana.

Grandes documentos de la Conferencia Episcopal Peruana, como *La justicia en el mundo*, preparado para el sínodo celebrado en 1971, o el documento *Evangelización*, preparado por la XLII Asamblea Episcopal Peruana, en 1973, son fruto de este espíritu y esta renovación que vienen de Medellín.

MEDELLÍN, EXPRESIÓN DE SU ÉPOCA

Medellín es un fruto maduro del concilio Vaticano II, pero sin duda es también un fruto de su época, como lo son también los mismos temas que en esta asamblea se trabajaron. Son años en que América Latina ha ido tomando conciencia de “las profundas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, y que allí donde esto ocurre hay un rechazo de la paz del Señor, más aún, un rechazo del Señor mismo” (*Paz*, 14, 71). Para Medellín, esta situación es una situación de pecado. También se ha tomado conciencia de que la injusta situación de pobreza que viven las grandes mayorías del Continente tiene causas. Un compromiso eminentemente cristiano será descubrirlas y tratar de erradicarlas.

Varios de los temas trabajados en Medellín hacen referencia directa a esta situación: Paz, Justicia, Pobreza de la Iglesia...

Pero Medellín, si bien es cierto que es una respuesta a su época y su realidad, se abre también a una propuesta de futuro. Su insistencia en lo esencial del Evangelio, su preocupación por una Iglesia de los pobres —una Iglesia de los pobres y *para los pobres*, dirá más tarde el papa Francisco— hacen que la Iglesia intente ubicarse en lo más denso de la historia, el mundo de los pobres, de los marginados, de los insignificantes... y desde ahí trabajar por la liberación y salvación de todo el género humano, fiel al mensaje y al espíritu de Jesús.

Un gran anhelo de Medellín es “que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres” (*Juventud*, 15^a).

Este proyecto de Iglesia que nos presenta Medellín ha ido actualizándose y recreándose posteriormente en las asambleas episcopales de Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y, últimamente, Aparecida (2007).

La vigencia de Medellín es, por tanto, evidente, tanto como punto de referencia como proyecto y modelo de Iglesia, y esto a pesar de todos los esfuerzos hechos por algunos sectores para descalificar su mensaje. Esta actualidad de Medellín —lo veremos en los trabajos de este libro— es continuamente afirmada también por Gustavo Gutiérrez.

UN TESTIGO CUALIFICADO

Gustavo Gutiérrez puede ser considerado un hombre de Medellín. No sólo estuvo presente en la Asamblea como asesor

teológico, su presencia también fue muy significativa en los encuentros preparatorios organizados por el CELAM o sus departamentos. La importancia de su teología de la liberación –nacida muy poco antes con ese nombre–, tanto en los documentos de Medellín como en la experiencia eclesial que este acontecimiento produjo, es innegable. Con la teología de la liberación hemos aprendido que teología, pastoral y espiritualidad son inseparables, forman una profunda unidad. Esto está expresado muy claramente, sin ambigüedades, en Medellín.

Cuando Gustavo Gutiérrez habla en teología de la opción preferencial por el pobre no se está refiriendo solamente a un tema teológico, se refiere fundamentalmente a una práctica pastoral y a una experiencia espiritual. Este ha sido también uno de sus grandes aportes, el acompañamiento pastoral a otras experiencias de Iglesia en el país y en América Latina y el Caribe. Me consta, por poner un pequeño ejemplo y por haber sido testigo y parte de ello, su cercanía y apoyo durante muchos años a la Iglesia del Sur Andino del Perú. Todos cuantos conocemos a Gustavo sabemos que su trabajo pastoral durante muchos años en la iglesia Cristo Redentor, en un barrio popular de Lima, su preocupación por los pobres y los niños, ha sido para él un aporte tan importante a la Iglesia como su trabajo en teología.

Los trabajos que a continuación presentamos, elaborados a lo largo de estos cincuenta años, son una excelente oportunidad para conocer Medellín como un acontecimiento que marcó definitivamente la historia de la Iglesia latinoamericana.

Como prueba de ello, nos ha parecido conveniente incluir dos textos que hacen referencia a la última Asamblea Episcopal latinoamericana, celebrada en el 2007 en el Santuario de Aparecida,

Brasil. Esta asamblea reafirma lo esencial de Medellín: pone el acento en la opción preferencial por los pobres, insistiendo en que esta opción no sólo debe conducirnos –como seguidores de Jesús– a una lucha contra la pobreza, sino también a una relación personal y una amistad con los pobres concretos.

Los textos seleccionados para este volumen se han ordenado cronológicamente, lo cual permite seguir la reflexión de Gustavo Gutiérrez sobre las repercusiones de la Conferencia de Medellín y de sus documentos, y cómo su influencia y propuestas se fueron adaptando a los grandes cambios en la sociedad y en la Iglesia durante estos cincuenta años.

El primer artículo, de febrero del 1969, “Medellín: signo de renovación”, muy cercano a la Conferencia, propone un panorama del proceso latinoamericano de la época, y muestra cómo la reflexión teológica y la experiencia pastoral de la Iglesia manifiestan una originalidad y una personalidad nuevas.

En el segundo, titulado “A los cinco años de la Conferencia” (1973), se subraya la significación y el impacto que ha tenido la toma de conciencia de una adultez eclesial, hito marcado por Medellín, así como el esfuerzo por analizar la realidad social y política, y la aspiración de liberación cada vez más sentida por un pueblo oprimido.

Luego se reproducen extractos de un artículo en el que el autor comenta el Documento de consulta (1978), preparatorio a la

Conferencia de Puebla (1979), señalando la necesidad de tomar en cuenta el sentido profundo de la cultura de los pueblos latinoamericanos, recordando que esa perspectiva inspiró la Conferencia de Medellín. Reitera la comprensión que se formula en Medellín de los pobres como sujetos de su propia historia, y plantea el imperativo de recordar el martirio de innumerables creyentes que dieron su vida por causa de la justicia.

El cuarto texto escrito, al conmemorar el vigésimo aniversario de la realización de la Conferencia de Medellín, “Significado y alcance de Medellín” (1988), es una extensa reflexión sobre su camino y significado. Un primer punto resitúa el horizonte del Concilio Vaticano II, desde el cual los obispos profundizaron su comprensión del papel de la Iglesia en la actual transformación de América Latina. Una segunda parte rememora el largo proceso de preparación de la Conferencia, con la participación en varios encuentros de obispos y expertos en diferentes países, lo que permitió agudizar la conciencia de los problemas. La tercera parte recalca el aporte central de Medellín hacia una nueva evangelización y el testimonio de una Iglesia en medio de un pueblo pobre.

Seguidamente se incluye el artículo “Actualidad de Medellín” (1998) en el que se insiste en la permanente influencia de los signos de los tiempos, y la interpelación constante que viene de la pobreza.

En 2007 se desarrolló la Conferencia episcopal de Aparecida. Su reflexión y sus textos vuelven a retomar varios de los temas de Medellín. El artículo “La opción preferencial por el pobre en Aparecida” (2007) muestra la continuidad de una enseñanza y las nuevas insistencias debidas a una coyuntura cambiante.

Se reproduce luego una entrevista realizada en Quito, “De Medellín a Aparecida” (2009), que también trata sobre la relación entre estas dos Conferencias del CELAM, y se resaltan los diversos aspectos de esta continuidad pastoral.

Finalmente, a los cincuenta años de la Conferencia, el último artículo, “Medellín: una experiencia espiritual” (2018), insiste en la profundidad espiritual y teológica del mensaje de Medellín: el compromiso con todos los problemas de la realidad permite el encuentro auténtico con Jesucristo.

Andrés Gallego

Profesor del Departamento de Teología de la
Pontificia Universidad Católica del Perú